

15 céntimos el número

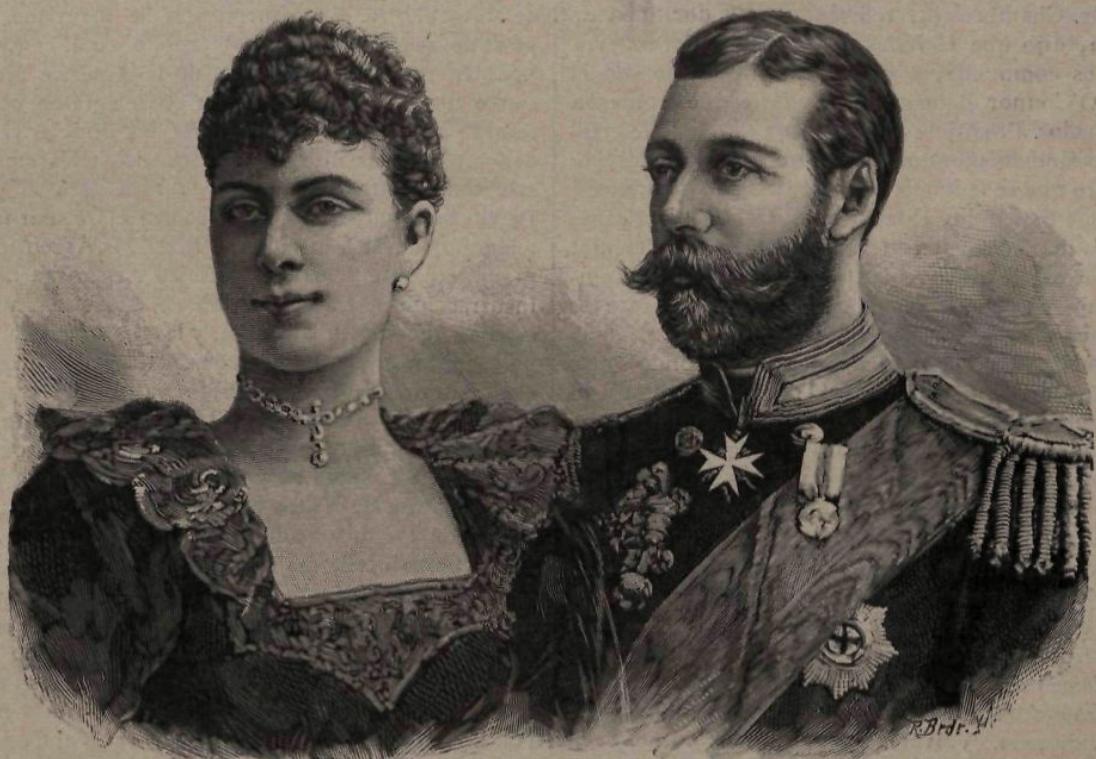


SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 19 Agosto de 1893

Núm. 64

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223

SS. AA. RR. LA PRINCESA VICTORIA MAY DE TECK, Y JORGE, DUQUE DE YORK

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B. — El tío Alegría, por TEODORO BARÓ. — **ÁLBUM:** Los estruendos del Cantábrico (poesía), por SALVADOR RUEDA. — A orillas del precipicio (conclusión), por C. SUÁREZ BRAVO. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.—SS. AA. RR. la princesa Victoria May de Teck, y Jorge, duque de York.—La lista de la Lotería, cuadro de JOAQUÍN TEJADA. — Dime qué sombrero llevas y te diré quién eres.



Crónica

SE han cerrado en la Cámara de los Comunes de Londres los debates sobre el ya famosísimo proyecto de *Home rule* para Irlanda. Mr. Gladstone, el presidente del Consejo, que tenía empeño en que el proyecto fuese discutido y aprobado en esta legislatura, hizo aprobar por la mayoría, que le obedece casi ciegamente, un acuerdo en el cual se precisaban los plazos dentro de los cuales debían discutirse los artículos de la *Home rule*, divididos por grupos. La oposición, que ya se hallaba exasperada por el proyecto, que considera ha de ser fatal á la integridad del Imperio británico y á la paz interior de la Gran Bretaña, irritóse todavía más por el mencionado acuerdo, y esta irritación se tradujo en mayor calor y virulencia en los discursos. En una de las últimas sesiones Mr. Chamberlain, refiriéndose á la docilidad de la mayoría, dijo que Herodes no había tenido esclavos tan sumisos como ella, á cuyas palabras respondió el diputado O'Connor llamándole «Judas,» que repitieron otros diputados. Prodújose entonces una escena indescriptible, un escándalo monumental como no haya ocurrido ningún otro que se le iguale ni en el Parlamento francés, ni en los que tienen los Estados de la Unión Americana, que son los más señalados en este género de espectáculos parlamentarios. Iban y venían los apóstrofes más injuriosos de un lado á otro, amenazábanse mutuamente los diputados con los puños cerrados, y ya en el furor de la contienda bajaron muchos al hemiciclo en donde entre gritos é insultos se zurraron de lo lindo. Costó mucho poner en paz aquel campo de Agramante, siendo preciso que el Speaker ó Presidente de la Cámara, que en aquellos momentos no presidía, acudiese á ocupar su sitial y tuviese que hacer valer todo el peso de su autoridad para aquietar á los combatientes. Mr. O'Connor tuvo que retirar la palabra y el incidente se dió por terminado, como se dice en lenguaje parlamentario, no sin que hubiese caído un manchón enorme sobre la reputación de serio y sesudo de que disfrutaba el Parlamento inglés. Aprobada ahora por él la *Home rule* para Irlanda, ha de pasar este proyecto á la Cámara de los Lores, en donde se sabe ya fijamente que será rechazado. Volverá, pues, á los Comunes y entonces ¿qué hará Mr. Gladstone? Nos lo dirá el tiempo, que añadirá alguno ó algunos cuadros á la ya accidentada historia de aquel proyecto político.

* *

Se desvanecieron pronto los temores de guerra que por algunos momentos se abrigaron á causa de la cuestión

de Siam. Este reino aceptó al fin el *ultimátum* que entre otros extremos contenía los siguientes: Reconocimiento de los derechos del Annam y del Cambodje sobre la orilla izquierda del Mekong; Evacuación dentro de un mes de los fuertes ocupados por los siameses en su territorio; Satisfacción por las diferentes agresiones cometidas contra buques y marineros franceses en el Meinam; Castigo de los culpables é indemnizaciones pecuniarias á sus víctimas; Indemnización de dos millones de francos á título de daños y perjuicios inferidos á súbditos franceses. Como ya previmos, el débil reino de Siam tuvo que ceder ante la poderosa Francia, cuyo gobierno aprovechó la ocasión para esta suerte de zambra patriótica, al objeto de conquistar alguna popularidad que le sirviese para las próximas elecciones. Inglaterra le ha dejado hacer y sólo ha procurado sacar alguna ventaja de la cuestión, logrando que se establezca una zona neutral entre las nuevas posesiones francesas y los territorios de Birmania y de China. Los periódicos franceses batén palmas por el triunfo que, según dicen, ha alcanzado su nación. De los periódicos ingleses unos defienden la conducta de su gobierno como la más prudente y más práctica, y otros opinan que la Gran Bretaña ha salido derrotada. Dado el criterio que aquel pueblo sigue siempre en los asuntos de toda clase, y especialmente en los internacionales, es lógico cuanto ha hecho y cuanto ha dicho el gabinete inglés en el conflicto de Siam.

* *

Siguen sumidas las repúblicas del Sud de América en el desorden y casi diríamos en el caos. El Brasil, desde la pujanza y bienestar que había adquirido con el Imperio, ha pasado á la situación más lamentable de corrupción y de desgobierno. La insurrección se mantiene firme, á pesar de las negativas del gobierno, el cual, como lo hacen también todos los gobiernos de la América Meridional, ejerce una fiscalización severa en telégrafos, con lo que impide que puedan transmitirse las noticias verdaderas, dejando circular únicamente aquellos telegramas en que sale todo pintado de color de rosa para el gobierno. De ahí la dificultad de formar idea clara, por medio del telégrafo, de la situación del Brasil, la Argentina, Nicaragua, etc., etc. En la República Argentina también la insurrección se ha convertido en endémica, puesto que estallan rebeliones cada día, y las de Rosario y Santa Fe parecen ser de una magnitud superlativa. Varias peripecias sangrientas han ocurrido ya entre las tropas del gobierno y los insurgentes. El Congreso Argentino aprobó el establecimiento del estado de sitio en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis, tras de una discusión muy alborotada. Entre las Cámaras reinaba desacuerdo acerca de los medios de combatir la insurrección, yendo en aumento á cada día la actitud hostil al gobierno de la Cámara de los diputados. Esta actitud se mostró claramente, según dice un telegrama de Buenos Aires de 1.º de Agosto, al desechar el Congreso la proposición de que se verificase una intervención federal contra los insurgentes de las provincias. Esto es simpatizar, ni más ni menos, con los sublevados. Este acuerdo le valió al Congreso que el ministro de la Guerra al regresar á su casa y al arengar al pueblo le dijese á éste que aquella Cámara no representaba al país, añadiendo que el gobierno estaba dispuesto á hacer respetar las libertades públicas. Todo esto es edificante y revela bien lo que antes hemos dicho, ó sea que aquellos países, tan ricamente dotados por el Creador, viven en la anarquía, siendo víctimas de los hombres polí-

ticos que los gobiernan y de las propias pasiones de sus naturales.

* * *

Se han cerrado nuestras Cortes, después de haber aguantado, senadores y diputados, el calor tropical que en Julio se ha dejado sentir en Madrid. Por lo visto, en todas las naciones se han prolongado hogaño las sesiones parlamentarias. Hace poco tiempo Francia cerró la legislatura; Inglaterra está en camino de hacer lo mismo; Italia no hace muchos días tenía aún abiertos el Parlamento y el Senado. Por cierto que el calor terrible que se experimentaba en Roma obligó al gobierno á adoptar algunas medidas para conseguir que los diputados no saliesen asados de la Cámara. Tiene ésta una gran cúpula, la que, caldeada por los rayos solares, hace oficios de inmenso calorífero, dando al salón una temperatura insopportable. Pues bien, para rebajar la temperatura de la cúpula, bomberos y mangueros, á las horas de más calor, la rociaban con agua fresca, con lo cual se procuraba algún alivio á los Padres de la Patria.

* * *

No porque el ministerio del señor Sagasta haya conseguido ver aprobados los presupuestos para el año 1893 á 1894, saldrá de apuros y se verá libre de sinsabores. Al plantearlos brotarán las dificultades, algunas de las cuales requerirán mucha energía en el Gobierno si se empeña en vencerlas, obligando á todo el mundo á cumplir lo que está mandado, cosa que hoy se halla bastante en desuso. Conflicto parece traer aparejado el asunto de las patentes de alcoholes. Los industriales á quienes esta disposición alcanza, en Madrid, en Bilbao, en Valencia, en Barcelona y en algunos otros puntos se muestran rehacios en respetarla, es más, dicen abiertamente, y así se lo han dicho cara á cara al mismo Presidente del Consejo, que no la obedecerán, y que si el ministerio se empeña en establecer las patentes cerrarán sus establecimientos. Lo último será difícil que lo hagan, porque se requeriría una unanimidad que no existirá á buen seguro; mas el oponer resistencia pasiva al pago ya es otro cantar, y esto sólo puede procurarle muy malos ratos al Ministerio, y acaso, acaso alguna perturbación en las ciudades populosas.

B.

El tío Alegría

I

BODA tenemos, tío Alegría?

—La bola dirá: si saca número alto, el señor cura echa la bendición á Isidra y á Manolo, pero si es bajo, carga el pobre muchacho con el chopo y se va á servir al rey.

—No será.

—Y si es, don José, ¡qué le vamos á hacer!

—¡Dichoso usted que todo lo toma con calma!

—Con resignación, que no es lo mismo.

—¡Quién tuviera la pachorra de usted!

—No es pachorra, sino conformidad con lo que Dios dispone.

—Si á usted le partiese un rayo, se quedaría tan tranquilo.

—Una vez partido me estaría quieto, pero se movería la justicia, aunque no pudiese procesar al rayo.

—¿Qué diría usted si después de muerto pudiese hablar?

—¡Bendito sea Dios!

—Ó es usted tonto de capirote ó sabe más que yo.

Se echó á reir el tío Alegría, que estaba acostumbrado á las brusquedades de don José, cincuentón de buen ver, de quien decían los papeles públicos, y las personas entendidas lo ratificaban, que sabía de todo; y á pesar de su saber y de su posición desahogada, no desdeñaba al mísero sastre de portal, que á fuerza de puntadas á rotos y descuidados lograba echar algunas á su estómago. Los dos eran muy antiguos en la calle, y, como sucede en caso tal, habían acabado por conocerse y tratarse y también por sentirse atraídos por la diferencia de caracteres, porque don José era un cascarrabias y tenía fama de intratable en el barrio, mientras que á Francisco Muñoz se le conocía por el tío Alegría, aunque con más exactitud se le designara si tío Penas fuese el mote, pues grandes habían sido las del pobre sastre. Contaban los que le conocían de muchos años atrás, que tenía un establecimiento en la calle de los Estudios, tan acreditado entre la gente que viste con economía, que no había mozo de tahona ni dependiente de taberna á quien no hubiese habilitado por poco dinero; pero cuando mayor era la prosperidad, un incendio destruyó géneros, anaquelería y tres mil duros en billetes de Banco, que constituían sus ahorros, arrojándole brutalmente el siniestro del bienestar á la miseria.

Lloró y se desesperó su mujer, y él, que lloró para adentro, la consoló y animó.

—Todo lo hemos perdido; pero se han salvado nuestros hijos, nos hemos salvado nosotros y con la ayuda de Dios iremos adelante y Juanito acabará la carrera de médico, y entonces ¡ah! entonces ¿quién más dichoso que nosotros?

Les dió asilo interino su hija Rafaela, casada con un oficial ebanista, y pasadas unas semanas se instalaron en un cuarto tercero con entresuelo, principal y portera regañona; y allí, concentradas las esperanzas en Juan, joven bello de cuerpo y más de alma, que estudiaba medicina con gran aprovechamiento, Francisco y María trabajaron día y noche para las sastrerías de las calles de la Cruz y de los Estudios, pues no les fué posible poner otro establecimiento por su cuenta; y trabajaban resistiendo sueño y privaciones para pagar las matrículas, comprar libros y amasar el par de miles de reales que costaría el título cuando el estudiante se convirtiese en licenciado.

Llegó el tan esperado día, y Francisco, llorando y riendo, abrazó á su hijo, y balbuceó con entonaciones de niño:

—¡Médico! ¡Es médico, María! Ya pueden venir enfermedades, que no las temo siendo médico mi Juanito.

El partido de Fompedraza, provincia de Valladolid, estaba sin titular; lo solicitó, lo obtuvo, fué afortunado con los primeros enfermos, adquirió fama, simpatías y algunas pesetas que le permitieron á los dos años traerse á sus padres, á quienes visitaron el señor cura, el boticario, don Santos, capitán retirado de trato muy agradable, pero pesado cuando refería sus campañas, en particular la batalla de Mendigorría, narración que comenzaba al levantarse y terminaba al acostarse para reanudarla al día siguiente; en una palabra, toda la principalidad del pueblo estuvo á dar la bienvenida á los padres del señor médico.

El alcalde le dijo:

—Queremos tanto á su hijo, que siempre se hará lo

que él ordene, á menos que pretenda ser alcalde, porque quiero serlo mientras viva.

—¿Por qué se toma usted tanta molestia?

—Porque siendo alcalde riego, pero cuando no lo soy no me dejan regar.

El capitán declaró que Juanito había mostrado tanta habilidad en abrirle un panadizo, como el médico de su regimiento en cerrarle las heridas que le causó una bala en la batalla de Mendigorría.

—Fué un caso extraño: la bala me atravesó el pulmón izquierdo, rebotó, volvió á penetrar en mi cuerpo por la espalda y salió por el pecho después de haberme perforado el pulmón derecho.

Parece que con los años se había debilitado la memoria del veterano y que al reconstruir los hechos resultaban algo contrarios á la realidad. Pero, en fin, esas eran minucias que no quitaban estimación al veterano.

Francisco quiso trabajar de sastre, pero Juan se opuso, observando que perjudicaría al del pueblo, buen hombre y padre de seis pequeñuelos, añadiendo que quería proporcionarle el descanso que tan ganado tenía. La vida del tío Alegría correspondió al mote: iba á misa matutina, paseaba con el señor cura, el boticario y el capitán, comía bien, se acostaba temprano y dormía á pierna suelta. Los paseos tenían el inconveniente de la repetición del relato de la batalla de Mendigorría, con la agravante de que así que don Santos lo comenzaba, el cura se metía en la primera casa que encontraba pretextando cualquier ocupación, el boticario se acordaba de que debía preparar una pócima y se marchaba, y el padre del médico se quedaba con el veterano obligado á escuchar la narración, hecha siempre con variantes, pues unas veces don Santos salía herido y otras ilesos, pero descalabrado el asistente. Francisco era tan dichoso que habiéndole preguntado un día el boticario qué le pediría á la Fortuna si se le presentaba y le ofrecía concederle lo que deseara, contestó:

—Nada.

Tres años llevaba en el pueblo cuando un día cayó don Santos en la botica con un periódico exclamando:

—¡Tenemos el cólera en Madrid!

La alarma fué extraordinaria y comenzó el miedo á hacer las veces de epidemia, á pesar de las prudentes observaciones de Juan, del señor cura y del boticario, quienes decían que la tranquilidad de espíritu era muy buen preservativo. Se supo que varios pueblos se habían aislado del resto del mundo, vigilando las entradas y salidas vecinos armados dispuestos á matar de un tiro al que intentase forzar el cordón sanitario; y parece que en algún punto hubo que lamentar actos en los que los alaridos del salvajismo, engendrado por el pánico, ahogaron la voz de la caridad.

Una tarde Juan regresaba de una aldea cercana á la carretera, adonde había sido llamado á consulta, y á los cien pasos de la última casa oyó voces de alto, luego un tiro y después gritos de rabia y amenaza. A poca distancia había un carricoche parado, herido y desangrándose el caballejo, que en sus ansias imprimía bruscas sacudidas al vehículo, mientras el carretero con una navaja en la mano derecha y la tralla en la izquierda apellidaba bandidos, asesinos y cobardes á dos hombres armados, á los que se juntaron otros que llegaron corriendo y gritando. Juan espoleó la jaca y preguntó:

—¿Qué es eso?

—¡El cólera, señor médico! ¡El cólera!

Al enterarse el carretero de que el joven era médico exclamó:

—¡En nombre de Dios auxilie usted á una mujer que se muere!

Juan se dirigió al carricoche y vió á una señora modestamente vestida, privada de conocimiento, y á su lado, mirando con los ojos dilatados por el miedo, á su madre, á un niño de unos tres años; y aunque sólo conocía los síntomas del cólera por lo que había leído, una rápida mirada y ligero reconocimiento le bastaron para cerciorarse de que aquella mujer estaba herida por la terrible enfermedad. Se dirigió á los vecinos, pero éstos levantaron sus gatillos y le dijeron:

—No entra usted en el pueblo.

—Sí entro, porque vosotros sois cristianos y no querréis contraer ante Dios la responsabilidad de que la desdichada muera por falta de asistencia.

—Tiene el cólera.

—Sí lo tiene, contestó Juan; pero mereceréis el dictado de cafres si la dejáis perecer.

—Don Juan, gritó el alcalde encarándole el retaco: si da un paso más le tumbo patas arriba.

Ruegos, amenazas, todo fué inútil; y entonces el médico pensó en sacar de allí á la enferma y á su hijo con el auxilio del carretero; pero éste, al oír que se trataba de una colérica, había echado á correr como poseído. Tras muchas tentativas logró acomodarse en la jaca llevando en brazos á la mujer y al niño, y á media legua halló caridad y amparo en una casita habitada por una vieja y su hijo, donde acomodaron en un jergón á la enferma; envió al joven, llamado Tomás, á Fompedraza en busca de las medicinas que recetó, ordenándole que también trajera de su casa el botiquín y avisase á los padres para que no les alarmara la ausencia.

Montó Tomás, y á las dos horas estaba de regreso, pero á pesar de haber recorrido el trayecto á escape, como lo demostraban el sudor é ijádear del caballo, llegó tarde, pues la mujer acababa de entregar su alma á Dios.

A Juan se le ocurrió en seguida averiguar quién era la difunta para devolver el huérfano á su familia, pero no le halló encima ningún documento. Guardó un reloj de oro, que tenía grabado en el interior de la tapa esta dedicatoria:

A MI MARÍA, PEPE

y procuró fijar en su memoria la fisonomía de la difunta, terriblemente desfigurada por la enfermedad: era una joven que de los veintisiete años no pasaba, cabello rubio, agraciada y con una pequeña cicatriz encima de la ceja izquierda.

Dió disposiciones para que el cadáver recibiese cristiana sepultura y tomó las medidas necesarias para evitar la infección, entre otras la quema del jergón y de los pobrísimos efectos que había en el cuartucho donde había fallecido. Indemnizó espléndidamente á la vieja, dió un beso al niño, enjugó sus lágrimas, montó á caballo para regresar á Fompedraza y tomó la criatura en brazos con el propósito de llevarla á su casa, donde hallaría una nueva familia; pero de pronto recordó que en la zaga del carricoche había visto un baúl que debía pertenecer á la muerta, en el cual probablemente hallaría algo que le permitiera identificarla, cosa que tampoco había logrado preguntando al niño, quien sólo contestaba que se llamaba Manolo, y mamá María y papá Pepe, y de ahí no pasaba; y confiando el chiquillo á Tomás se dirigió de nuevo al punto donde había quedado el vehículo.

Halló los restos de una hoguera que había consumido el carricoche, el baúl y el caballo. Los vecinos estaban á distancia sin abandonar las escopetas.

—¿Lo habéis destruído todo?
 —Todo. No se aproxime usted ó tiramos.
 —¿Conocéis al carretero?
 —A nadie conocemos.
 —Dadme noticias, porque la mujer ha muerto...
 Oyóse un alarido, conjunto de gritos arrancados por el espanto:
 —¡Ha muerto del cólera! ¡El cólera! ¡Echemos al médico! ¡Matarle!
 Juan se sintió cegado por la indignación y exclamó:
 —¡Sí, salvajes, ha muerto del cólera, y vosotros habéis contribuido á matarla!
 Espoleó el caballo en dirección al pueblo; sonó un tiro, y aquellos hombres rugieron:
 —¡Matarle! ¡Trae el cólera!
 Perdida la cabeza, el médico siguió espoliendo la jaca mientras vociferaba:
 —Sí; yo soy el cólera; ¡el cólera que ha de acabar con todos vosotros, cobardes, asesinos, salvajes!
 Sonó otro tiro y Juan se sintió herido. Al verle cerca, los vecinos se metieron en el pueblo á todo correr gritando:
 —¡El cólera! ¡El cólera!
 El joven se detuvo á la entrada: en la calle sólo había una vieja que golpeaba las piedras con una muleta que la ayudaba á arrastrar las pesadas piernas, y mientras huía se santiguaba chillando:
 —¡Jesús, María, José! ¡Ya está aquí!
 Desapareció la vieja, se oyeron los golpazos de las pueras al cerrarse, [después silencio profundo, interrumpido al poco rato por los ladridos de un perro, contestado por otro y luego por todos los del lugar, ladridos que pronto se convirtieron en lugubres aullidos, única señal de vida de una población embrutecida por el terror.
 Contuvo Juan la sangre con el pañuelo, y al llegar donde estaba Tomás, le dijo:
 —Vengo herido. Ayúdame á desmontar. El botiquín.
 Con el auxilio de Tomás y la vieja se vendó la herida, volvió á montar á caballo y dijo á aquél:
 —¡Por caridad lleva el niño en brazos hasta Fompedraza, pues yo apenas tengo fuerzas para tenerme en la silla!
 Al llegar á Fompedraza la consternación de los padres fué grande al enterarse de lo ocurrido por Juan, quien mandó en el acto en busca del médico del lugar más cercano; pero estaba enfermo y fué necesario ir á otro pueblo.
 Se perdieron más de veinticuatro horas; la herida era grave, el facultativo poco hábil en operaciones quirúrgicas; vino la fiebre, la infección, y á los ocho días el pobre joven moría después de haber recibido con fervor los sacramentos y dado pruebas de resignación cristiana al despedirse de sus padres.
 El tío Alegría quedó atontado, de pie ante su hijo, los ojos dilatados, plegadas las manos, el labio inferior caído: le sacaban del cuarto mortuorio y volvía á entrar como un autómata, sin hablar, sin llorar, hasta que se llevaron el cadáver. Entonces lanzó un grito, que á todos los asistentes al entierro les llegó al alma; las lágrimas brotaron á raudales, plegó las manos, levantó los ojos al cielo, y murmuró:
 —¡Bendito sea Dios!

II

El sastre y su mujer regresaron á Madrid después de haber vendido el ajuar, cuyo importe, unido á los ahorros del difunto, pasaba poco de mil pesetas. El cura abrazó á Francisco, que le besó la mano y le pidió su bendición.
 —No olvide usted, exclamó el sacerdote, que los muere-

tos viven en la eternidad; que en presencia del que fué, la Iglesia enciende antorchas, símbolo de la vida, y canta las victorias del Señor sobre la muerte. Los que no están en este mundo están con Dios, y con Él está Juan.

—¡Bendito sea Dios! Yo, al rezar el Padre Nuestro, digo con humildad: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

El boticario les dió una botella de jarabe y otra con un cordial, porque como estaban tan afectados bueno era estar prevenidos; don Santos afirmó que jamás les olvidaría, porque él era muy constante en sus afectos, como lo probaba la amistad que en la batalla de Mendigorriá había contraído con un teniente del 4.º de la Guardia.

—La cosa ocurrió de la siguiente manera...

—Suban ustedes al carro, les dijeron el cura para librarse de la charla del veterano.

Salieron del pueblo despedidos por todos los vecinos, que agitaron los pañuelos hasta perderles de vista. El tío Alegría estuvo mirando las casas, luego el campanario, después la cruz que lo remataba, que era lo único que del pueblo se veía, y cuando en un recodo desapareció todo, lloró en silencio, y también lloraba su esposa, pensando los dos en su pobre hijo que allí quedaba. Al llegar á Madrid sus corazones fueron otra vez estrujados por la desgracia, pues supieron que hacía pocos días había muerto su hija Rafaela, dejando una niña de dos años, Isidra. El trabajo escaseó y el viudo se fué á Guadalajara, al lado de un hermano, y el tío Alegría se hizo cargo de la nieta y dijo á su mujer:

—Tenemos dos nietos, Isidra y Manolo, pero como no tienen parentesco podremos casarlos.

Esta idea le hizo reír primero y llorar después, porque se acordó de Juan y de la madre de Isidra. Marido y mujer volvieron á la faena y aceptaron la portería de la casa en que hemos visto al tío Alegría, diez y siete años después de su regreso á la corte; pero en este tiempo su esposa había fallecido, Isidra se había convertido en una garrida moza, muy buena, y Manolo en un joven, que á los veinte se aproximaba, muy laborioso y estimado de su principal, dueño de una acreditada tienda de ultramarinos de la calle de la Magdalena, quien le daba comida, alojamiento y diez duros mensuales, que debían convertirse en treinta el día que se casara y dejara de comer y dormir en la tienda. Pero todo dependía de la boda que saliese del bombo el día del sorteo; día que llegó, y se celebró el sorteo, y Manolo sacó el número uno, y además fué destinado á Ultramar, noticias que el joven dió al tío Alegría y á Isidra; y luego se quedaron los tres mudos y llorando.

—¿Cuánto tiempo? No contaron las horas, pero había anochecido cuando oyeron la voz de don José que decía:

—¿Boda tenemos?

—No, señor: es soldado y va á Ultramar.

—¿Sigue usted tomándolo con calma?

—Con resignación.

—Sospecho que sabe usted más que yo, á pesar de no leer ningún libro.

—Leo uno: éste.

Tomó de encima del velador un librito de pocas y amarillentas páginas, con cubierta de pergamino muy arrugado, y se lo enseñó. Don José se encogió de hombros y se metió en su casa murmurando:

—¡Qué hombre!

—¡Quién sabe! exclamó de pronto el tío Alegría.—Él es persona de mucha influencia y si quiere logrará que no vayas á Ultramar.

—Nada espero de don José, padre, porque debe tener el corazón muy duro.

—No lo creas, Isidra, dijo Manolo, porque su dureza es sólo aparente y tiene buen fondo.

—¡Quién sabe! repitió el sastre insistiendo en su idea.

III

Al día siguiente el tío Alegría se puso camisa limpia, dió una mano de betún á las botas, Isidra le peinó alisando con agua los pelos que le quedaban en la calva, y luego se fué á casa de don José diciendo á su nieta:

—¡Ya verás! ¡Ya verás!

—Dios lo quiera. No tarde usted en volver, porque quedo muriéndome.

—No se puede con los enamorados.

Al subir la escalera tuvo palpitaciones que se convirtieron en redoble al tirar del llamador.

Se abrió la puerta y el sastre preguntó por el dueño.

—Ha salido de Madrid esta mañana y no volverá hasta dentro de un mes.

—¿Adónde ha ido?

—No lo ha dicho.

—¡Dios de misericordia!

Tuvo que apoyarse en el pasamanos; se echó á llorar y contestó al criado, que mostró tanto interés por él como curiosidad:

—No es nada; esto pasará. ¡Bendito sea Dios!

Isidra comprendió al verle que sus esperanzas se habían desvanecido y se llevó ambas manos al corazón, interrogando á su abuelo con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Hija mía, debemos conformarnos con la voluntad de Dios. Él sabe por qué hace las cosas, y nosotros no alcanzamos á penetrar sus designios.

Cuando Manolo supo que don José se había marchado pegó una patada, y levantando los brazos con los puños crispados gritó:

—No iré á Ultramar aunque me fusilen.

—Si te haces fusilar no te querré, y no pienses en casarte conmigo, exclamó Isidra llorosa.

—Pierde cuidado, dijo sonriendo el tío Alegría, que no pensará en tal cosa si tal barbaridad hace.

Manolo adelgazaba; á Isidra se le hundían los ojos y la sangre no coloreaba sus labios ni sus mejillas; no comía, no dormía, lloraba, cayó enferma, acudió el médico y á la tercera visita dijo al tío Alegría:

—No me gusta.

Tampoco le gustaba al sastre, que temía que su nieta se muriese, temor que llenaba su cerebro de ráfagas de fuego, estiraba los nervios, estrujaba el corazón y despertaba en su alma rebeldías; pero entonces comenzaba á rezar el Padre Nuestro y al decir: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,» se le llenaban los ojos de lágrimas que apagaban el fuego de la soberbia. Sólo faltaba un día para que Manolo entrase en caja, y luego saldría para Cádiz donde debía embarcarse; y después doblarían las campanas. Y mientras el tío Alegría velaba á la enferma, oía el doblar de las campanas y los cantos funerarios; y la enferma empeoraba; y al amanecer la luz del sol no trajo júbilo sino tristezas, porque aquél día Manolo ingresaba en el cuartel.

—¡No hay esperanza! murmuró el tío Alegría.

Llamaron á la puerta y fué á abrir.

—Don José ha llegado y desea verle, le dijo el criado.

El sastre lanzó un grito de júbilo, y la enferma, que había oido las palabras del criado, murmuró débilmente:

—¡Ya es tarde!

—Nunca lo es para el Señor. Reza, hija mía, reza y confía en Dios.

IV

El sastre se cortó al ver á don José tirado en un sillón, pálido, fosca la mirada, nervioso.

—Me han dicho, que durante mi ausencia preguntó por mí y lloró, lo que significa que no es usted el hombre pachorrudo de siempre, á todo indiferente.

—Don José, para no sentir la pérdida de la mujer y de los hijos sería necesario no tener entrañas, pero para rebelarse contra los designios de Dios sería necesario no ser cristiano.

—Se conoce que usted ignora lo que es sufrir.

—¡Librele Dios de saberlo como yo!

—He perdido á mi esposa.

—También yo.

—Perdí á mi hijo.

—Yo dos.

—En estos días he perdido la última esperanza de hallar rastro de mi esposa y de mi hijo.

—En este momento está amenazada de muerte mi nieta Isidra y yo de quedarme solo en el mundo y de morir en un hospital.

—Yo ante tanta desdicha tengo odio á todos los nacidos.

—Yo inclino mi frente ante la voluntad del Señor, y amo al prójimo por amor de Dios.

—Sospecho, gritó don José pegando un puñetazo sobre el brazo del sillón, que sabe usted más que yo.

Se levantó, fué al balcón y lo abrió sin saber por qué lo abría; lo cerró sin darse cuenta de que lo cerraba; dió unas vueltas por la habitación, se quedó de pie delante de la mesa de escribir y apoyándose en ella rugió, no habló:

—Mi pasar era mediano cuando me casé, pero mis ilusiones muchas, y aumentaron cuando nació mi hijo. Quería ser rico para que él lo fuese, y lo fuí, porque murió en Buenos Aires mi hermano sin familia y le heredé. Me embarqué para recoger la herencia, estuve un año en América y regresé con un millón de pesetas y con un millón de ilusiones; pero al llegar á Madrid no encontré á mi esposa, á la que había escrito que viniese aquí á recibirmee; y ardiente en deseos de abrazarla y de comermee á besos á mi hijo, salí para el pueblo donde residían. Mi casa estaba cerrada y supe que mi mujer había marchado para Madrid, y es lo último que de ella y de mi hijo he sabido. Ignoro si viven ó si han muerto, pero sé que desde entonces no vivo, porque no es vivir tener llena la caja, y vacía el alma. La felicidad de los demás comenzó por molestarme y acabó por inspirarme odio. Cuando la desgracia ha abatido á un hombre, me ha sido muy simpático porque sufría como yo; pero usted me ha inspirado un sentimiento que no puedo definir, porque sé que ha sufrido mucho, y no comprendo esa satisfacción interior que siente usted, mísero sastre de portal, que forma contraste con la rabia, con el fuego del infierno que á mí, que no he de pensar en la materialidad de la vida, me devora.

—Ha dado la explicación del contraste: usted tiene en su alma el infierno, según ha dicho; yo á Dios, que es consuelo y esperanza.

—¡Dios! murmuró don José; hace años que vivo apartado de Él, desde que perdí á mi mujer y á mi hijo. Fuera de Él he buscado consuelo y no le he hallado; resignación, y no la he encontrado; esperanza, y todas se han

desvanecido, hasta la última, que me dió una carta de un amigo, si es que puedo tener algún amigo. Creí después de tantas investigaciones, que hallaría rastro de mi mujer, de mi hijo, y me dirigí á la provincia de Valladolid, y recorrió por centésima vez todos los pueblos que están en la carretera ó cerca de ésta, y hoy he regresado de mi viaje con el alma más negra que nunca, porque la última esperanza se ha desvanecido. ¿Ve usted estos millares de libros de mi biblioteca? Pues todos los he leído, y me han dado fama de sabio; pero no resignación, consuelo, esperanza, que es lo que yo quiero, busco y no hallo. Recuerdo que usted me enseñó un libro, el único que posee y le basta para tener lo que yo no encuentro. ¿Qué libro es ese?

—La *Doctrina cristiana*, que me enseñó á amar á Dios y que este mundo es valle de lágrimas, tierra de peregrinación, cuyo término es la muerte que abre las puertas del cielo al católico. ¿Me permite usted una pregunta, don José?

—Hágala.

—¿Reza usted?

—No.

—Pues si rezara usted el Padre nuestro, como le enseñó su madre, hallaría usted consuelo, resignación y esperanza al exclamar: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino,» y al añadir con humildad cristiana «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.» He aquí mi sabiduría: no tengo otra.

—Superior á la mía, dijo don José.

Y añadió bruscamente:

—Tío Alegría, si se quedase en este mundo solo como yo, si muriese Isidra...

—Su muerte acortaría mis días, y cuanto más los acortase más pronto me reuniría en el cielo con ella, con su madre, con mi mujer y mi Juan. Don José, porque Isidra se muere le pido que la salve.

—¿Cómo?

—Evitando que Manolo vaya á Ultramar. Usted tiene buenas relaciones...

—Tengo algo más eficaz: dinero. Quiero hacer la felicidad de esos pobres, aunque rabie al verlos felices.

—Dios se lo pagará.

—Dios me tiene abandonado.

—¡No blasfeme usted! La criatura es quien á veces se aparta del Señor, que siempre la espera misericordiosos para perdonarla si se arrepiente.

—¿Es verdad que ha sido usted tan desgraciado como dice?

—Acaso mucho más.

—Cuénteme su historia.

Comenzó el sastre la narración: cuando habló de Juan, corrieron las lágrimas y, ¡cosa rara! don José se conmovió tanto, tanto al oír el relato de aquella mujer víctima del cólera y del pánico de los lugareños, y al enterarse del heroísmo del médico, que el tío Alegría se detuvo y preguntó:

—¿Se siente malo?

—Sí, sí.

Se apretó con ambas manos la cabeza, como si quisiera evitar que se escapase de ella una idea que era una esperanza, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío, ten compasión de mí!... Continúe usted, tío Alegría. Decía usted que el niño se llamaba Manolo y sólo sabía balbucear mamá María y papá Pepe.

—Eso es; y la difunta, según me contó mi hijo, tenía el cabello rubio y una cicatriz...

—¿Encima de la ceja izquierda?

—Eso es. Y Juan me entregó un reloj de oro con una dedicatoria...

—¿A mi María, Pepe?

—Eso es; y me dijo que nunca me desprendiera de él, porque podía servirme para identificar al niño, y aunque he pasado miseria y tenido hambre, jamás lo he vendido ni empeñado.

—¿El niño es Manolo, el soldado, el novio de Isidra?

—Sí, don José, pero no comprendo...

—Es usted muy tonto: Manolo es mi hijo. Perdone usted, le he llamado tonto.

—¡Su hijo! gritó el tío Alegría. Vuelva usted á llamarle tonto; no importa.

Palmoteó como un chiquillo, hizo unas cuantas píruetas, y don José, el sabio don José, le imitó; y se abrazaron y lloraron y rieron como ríen los locos; hasta que don José se separó, puso las manos en los hombros del sastre y le dijo:

—Tío Alegría, quiero que me dé usted su libro, la *Doctrina cristiana*.

Luego comenzó á rezar: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino...» y añadió con voz en que había lágrimas y sonrisas: «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...»

Y cayó de rodillas y plegando las manos, su mirada se perdió en la inmensidad en busca de Dios misericordioso.

V

El júbilo hizo perder la cabeza al tío Alegría, hasta el extremo de dar la noticia de quién era Manolo con tanta brusquedad, que poco faltó para que la emoción matara á Isidra, á quien luego asaltó este temor:

—¿Consentirá don José en que su hijo se case conmigo?

Y don José, que se enteró pronto, le dijo:

—Tu abuelo perdió á Juan, porque éste quiso salvar á mi María y á Manolo, á quien ha dado cariño y con él ha partido el escaso pan que tenía: no puedo negaros en la prosperidad al que amparasteis en la miseria.

Y se casaron, y toda la calle tomó parte en la boda, á la que asistió el tío Alegría de levita cruzada, sombrero de copa y guantes. Después del almuerzo llamó aparte á don José y le dijo:

—Ha dispuesto que viva en su casa, y ¡vaya! lo agradezco, porque moriría lejos de los chicos; pero ya que se empeña en que sea dichoso, haga que mi dicha sea completa autorizándome para volver á mi sombrero bajo y á mi chaqueta, porque el de copa pesa más que la Giralda, los faldones de la levita me zurran y los guantes me envoran los dedos.

Les interrumpieron los recién casados, que abrazaron y acariciaron al tío Alegría.

—¿Y para mí? dijo don José.

Manolo é Isidra se echaron en sus brazos, y don José sintió lágrimas y besos en su mano derecha. Bajó la mirada y vió al tío Alegría que estaba arrodillado, le tenía cogida la mano y la besaba murmurando:

—¡Bendito sea Dios!

—¡Bendito sea! exclamó don José con toda la efusión de su alma.



LA LISTA DE LA LOTERÍA

CUADRO DE JOAQUÍN TEJADA

Mi álbum

LOS ESTRUENDOS DEL CANTÁBRICO

V A nuestro alegre recuerdo hacia las playas volando, y la *auditiva* memoria oye el tumbo del Cantábrico.

Arpa de miles de cuerdas, trovador, mar soberano, que con ondas por estrofas te agitas, siempre rodando.

De tus rotundas orquestas el terrorífico escándalo quiere escuchar el oído lleno de asombro y de pasmo.

Está la alta oratoria en tus mil lenguas vibrando y tus ideas de perlaslanzan, hirviendo, tus labios.

Cantas la fuerza, la vida, de majestades bañado, y así clama tu elocuencia al son de tu ritmo trágico:

— «Venid á mí los heridos en el gran tumulto humano que los combates del alma con heroísmo arrostraron.

Los que el pensamiento vivo sacudió como relámpago y cayó sobre sus nervios como en el alambre el rayo.

Los que abristeis al progreso de los hombres vuestros vasos y disteis la sangre propia en bien del género humano.

Los que vais de la alta ciencia con los sillares cargados á levantar el gran templo del saber y el entusiasmo.

Los que exprimís vuestro jugo en la estrofa y en el cuadro, en el pentágrama armónico y en la blancura del mármol.

Cuantos amáis lo sublime venid á dar en mis brazos; ¡yo soy el mar de la fuerza y los vigores restauro!

Yo amo también; mis amores son la luna del espacio, y elevo mis cresterías para jugar con sus lampas.

Un solo beso le pido, y ella en mi dorso erizado el haz de su cabellera echa relampagueando.

Bajo sus bucles palpitó cual bajo trémulo palio, y por llegar á su rostro perpetuamente trabaja.

Es mi idéal; nunca llegue á mí el beso de sus labios, ¡que al idéal conseguido sigue el tedio sollozando!

Trabajad como yo luchó por un fin, seres humanos, y á mí venid por las fuerzas de vuestros miembros cansados.»

* * *
Estos fragores sublimes el mar está recitando, llamando con recios tumbos desde su eterno escenario.

Y desde Cádiz al Norte, de Barcelona al Atlántico, de toda España, van gentes á oír sus versos al trágico.

SALVADOR RUEDA.

A orillas del precipicio

(CONCLUSIÓN)



REO que el niño quedará contento, dijo Luciano sin sospechar la terrible borrasca que había provocado el acto sencillo que acababa de realizar. Tal vez esté soñando con el regalo de los Reyes. El angelito ha estado á punto de encontrarse chasqueado. Pero ¿qué tienes? ¿No te sientes bien?

Aunque reponiéndose por momentos, Amalia conservaba en su rostro las huellas de la crisis moral de aquella terrible noche, y acudió á la salida más vulgar, pero más socorrida en estos casos.

— No, no estoy buena. Llevo tres horas de terrible jaqueca... pero ya pasará.

— ¿Por qué no me lo has dicho? se apresuró á decir Luciano volviendo á sentarse á su lado y tomándola tímidamente una mano. Tienes las manos heladas. A la cama al momento.

Pero medio tranquilizadas las alarmas de la mujer culpable, por lo menos de ligereza; volvían á despertarse en Amalia los sentimientos de la mujer amante y ofendida.

— No, replicó, ya creo que estoy mejor... Tengo prisa de saber lo que tienes que decirme... que te descargas de ese peso, del cual crees que yo puedo aliviarte.

— Seré entonces más breve de lo que me proponía... Se conoce que hoy te ha atacado con fuerza la jaqueca, porque estás ojerosa y desemblantada, dijo Luciano volviendo á tomar la mano de su mujer cariñosamente.

— Habla. Te aseguro que me voy aliviando...

— Pues bien, Amalia, prosiguió Luciano, vengo á tí como pecador arrepentido... vengo á implorar tu perdón y á que me impongas la penitencia que gustes, no importa que sea grande, con tal de que me perdes.

— ¿Tan grande ha sido la culpa? dijo Amalia retirando su mano de las de su marido y fijando en éste una mirada interrogadora y llena de celosa ansiedad.

— Sí, Amalia, yo no quiero atenuarla, pero... tranquilízate, añadió Luciano como respondiendo al relámpago que vió brillar en los ojos de la joven, te he ofendido gravemente; pero nada más que de intención. He estado á la orilla del precipicio... pero no he caído.

Amalia dejó escapar un suspiro de satisfacción de su pecho afanoso.

— No ha sido poca fortuna, dijo, que te hayas acordado, en ese momento crítico, de lo que me debías á tí y de lo que te debías á tí mismo.

— No puedo atribuirme ese mérito. Si tuve fuerzas para echarme atrás, es porque Dios envió un ángel en mi ayuda. Me miras con admiración y no lo extraño, porque yo mismo sigo admirándome del suceso. Pero antes de llegar á él necesito darte algunas explicaciones, para las cuales imploro toda tu indulgencia... y no me atrevo á decir todo tu amor, porque no sé si se habrá apagado en la atmósfera fría de nuestras relaciones conyugales de estos últimos tiempos. Pero cualquiera que hayan sido las apariencias, créeme, Amalia, yo no he dejado nunca de amarte.

— Pero por lo visto has estado á punto de ofenderme mortalmente, exclamó Amalia con involuntario ímpetu.

—No lo niego, prosiguió Luciano, pero ¿qué quieres? los jóvenes de nuestra condición vivimos hoy en medio de un torbellino que nos arrastra. Excitado por los amigos y por las sugerencias de un amor propio estúpido, fui resbalando poco a poco hasta presentarme en liza para disputar a su comprador la posesión de una de esas mujeres que se venden. Te juro que ninguna parte tomó en este certamen mi corazón, ni siquiera mi gusto; pero se trataba de una mujer a la moda en las regiones del vicio elegante, de una de esas mujeres que por llevar consigo el escándalo, empeñan con más peligrosos estímulos la vanidad de conquistarlas públicamente. Mis compañeros hicieron apuestas en pro y en contra; en el Club no se hablaba de otra cosa; yo, enardecido por la lucha y mareado por la *claque* que me rodeaba, me dejé ir, sin acordarme de las consecuencias de mi triunfo. Sólo hoy, cuando éste se me presentó ya como definitivo, comprendí con angustia que lo que había comenzado con tan frívola ligereza podía tener por coronamiento una gran desdicha para los dos y para nuestro hijo.

—¿Y eso te hizo entrar dentro de tí mismo?...

—Sí; pero sin provecho. No quiero hacerme mejor de lo que soy, y al implorar tu perdón, no trato de atenuar la culpa. Ni por un momento se me ocurrió la idea de retroceder. Esto me parecía imposible. Tenía ya empeñado en el asunto lo que creía mi honor. Figúrate. Exponerme a las burlas y cuchufletas de todos los amigos, a ser la fábula del Club, a que se me calificase de pacato, a que se atribuyese la retirada a tacañería y quizás a cobardía, a que se me censurase, en fin, duramente por haberme conducido sin delicadeza con esa mujer, que así se entiende el honor entre nosotros... ¡Oh! no. Yo caminaba ciegamente al desenlace de la aventura, aunque, te lo aseguro, con gran tristeza en el corazón.

—¿Cómo es, sin embargo, que retrocediste? dijo Amalia que escuchaba sin pestañear y arrastrada por sentimientos encontrados, la narración de su marido.

—Ya te lo he dicho, porque un ángel me tendió una mano.

—No lo entiendo. Me parece que no estabas tú para hacer caso de ángeles, puesto que no era bastante a contenerse ni siquiera el recuerdo del tierno fruto de nuestro amor, del ángel que duerme a pocos pasos de nosotros.

—No su recuerdo, sino él mismo en persona, fué quien vino a sacarme del borde del precipicio.

—A ver, a ver, cuéntame eso, dijo Amalia interesada y asombrada al mismo tiempo.

Luciano refirió entonces como quien se encuentra todavía bajo el dominio de las tiernas y dolorosas impresiones que despertó en su alma, la visita de Carlitos a su despacho y su conversación con él. Antes de concluir sus ojos se humedecieron, y los de Amalia se cubrieron de lágrimas que acabaron de desahogar su espíritu. Pero era mujer, y aunque dispuesta a perdonar, se sentía lastimada de que su amor hubiese podido menos en el corazón de su marido que el amor paternal.

—De modo que todo eso has necesitado, Luciano, dijo con ternura que encubría mal la queja, para no faltarme, para no pisotear mi corazón.

—Perdóname, Amalia, pero yo estaba ciego por lo que juzgaba un compromiso de honor; un empeño obligatorio para todo hombre de mundo; tan ciego, que aún después de aquella escena capaz de mover a un roble, no supo darme a partido. Estaba, sí, completamente decidido a cumplir la solemne promesa que hice al niño, de que hallaría a la mañana sus juguetes de Reyes en el balcón.

Dadas las circunstancias, revestía esto para mí los caracteres de un empeño sagrado. Verás cómo estos juguetes fueron el instrumento de que Dios se sirvió para fortalecer mi corazón y hacerme cumplir una de las resoluciones más serias de mi vida. Después de la marcha de Carlitos me quedé como aturdido y abrumado por el peso y las consecuencias del paso que iba a dar; pero no tardé en rehacerme, impulsado por un deseo avasallador de cumplir la conmovedora promesa que acababa de hacer, salí a la calle a comprar los regalos de Reyes. Pero en el camino me asaltó una idea que puso mi espíritu en la mayor perplexidad. Sólo yo podía traer a mi casa estos juguetes, y yo, desde esta mañana, desde que por un innoble contrato me obligué a comprometerme públicamente con esa mujer, me encontraba sin valor para arrostrar tu mirada. En el momento en que te iba a hacer la más mortal de las ofensas, era precisamente cuando tu imagen se teñía en mi imaginación de colores más hermosos; cuando me preparaba a hacer méritos para que me aborrecieras, cuando iba a perderte, sentía que tomaba mayor vuelo el amor que nunca dejé de profesarte. Aparte del esfuerzo de disimulo y de tracción que necesitaba hacer para presentarme a tus ojos en la actitud acostumbrada, del martirio que debía imponerme para realizar una obra miserable, no estaba seguro de que al verte no lo diese todo al traste para echarme a tus pies, para buscar en tus brazos un refugio contra mí mismo. Como no quería hacer esto de ningún modo, resolví ya desde la mañana comer fuera de casa, para no verte y disponer de mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba a resolver el problema de cumplir como padre y no cumplir como esposo? Pensé en enviar por una persona extraña los juguetes, para que tú los pusieras en el balcón, pero se me ocurrió que a la inconveniencia de semejante recado, tú, justamente ofendida, responderías no cumpliéndole. En estas dudas, pasé por delante de dos ó tres almacenes sin resolverme a entrar. Comí en el Club maquinalmente y procurando hacer oídos de mercader a los perdidos de mi especie que me felicitaban por mi próximo triunfo, y me lancé a la calle, de tal suerte preocupado, que no sentí la nieve y el frío ni la humedad que me penetraba los huesos, yendo de un lado para otro decidido a hacer algo, pero sin ánimo para decidir lo que iba a hacer. Hubo un instante en que, angustiado por la imposibilidad de hallar salida al dilema en que me veía encerrado, atravesó mi espíritu la idea de dejar al niño chasqueado en sus esperanzas, pero no tardé en rechazarla como se rechaza un pensamiento vergonzoso. Creí ver su cabecita rubia inclinándose tristemente, y sus hermosos ojos que me dirigían llenos de lágrimas una mirada de dolor y de reconvención. Entré al fin en una tienda a comprar los juguetes; pero aun después de tenerlos debajo el brazo, erré algún tiempo con paso vacilante por las calles enfangadas, como para dilatar mi ruptura definitiva con las preocupaciones de la sociedad en que he vivido hasta ahora, pareciéndome que hasta los escasos transeuntes que se cruzaban conmigo me miraban con aire burlón y despectivo. Pero era ya hora en que algunos balcones se abrían para dejar paso a padres cariñosos que dejaban en ellos, para sus hijos, los regalos de los Reyes. Parecióme esto una lección y un aviso. Ya no vacilé, y aquí me tienes, Amalia, esperando, no tu perdón, porque ese lo estoy leyendo en tus ojos, sino la penitencia que quieras imponerme.

Quizá en otras circunstancias la amnistía hubiera venido algo más premiosa, pero Amalia había padecido mucho en aquellas veinticuatro horas, la confesión de

Luciano, por su misma sinceridad, de la cual, confrontando datos, no podía dudarse, dejaba satisfecha á la esposa y á la mujer, y sobre todo el sentimiento de su propia falta la obligaba á la indulgencia. Otorgó, pues, con efusión el perdón tan bien ganado por el arrepentimiento.

—Sin embargo, dijo á Luciano entre risas y lágrimas, no renuncio á imponerte la penitencia, y hela aquí. En lo sucesivo haremos vida común, no sólo en el domicilio conyugal, sino fuera de él, en todas partes. Estamos como esposos obligados á compartir las penas; compartiremos también las distracciones y los regocijos. Nada de dividir por la mitad los días, sustrayendo la mitad de cada uno á la cadena conyugal, porque, como acabamos de ver, se corre el riesgo de una rotura definitiva. Conque, ya lo sabes; en adelante, Luciano mío, acabados tus negocios, no hay más club que la compañía de tu mujercita, ni más diversiones que las que podamos disfrutar juntos.

—Acepto la penitencia, que habría sido cumplida aunque tú no me la hubieses impuesto.

—Y ahora, añadió Amalia, antes de recogernos, vamos á dar un beso al que ha sido instrumento inocente y providencial de este feliz desenlace, á nuestro Carlitos.

Los dos esposos, cogidos de las manos, entraron en el cuarto en que dormía el niño, cuyo hermoso rostro iluminaba débilmente una lámpara colocada en el contiguo gabinete.

—Está soñando, dijo Amalia al oír la voz de Carlitos. Acerquémonos.

En efecto, los labios del angelito balbuceaban estas palabras:

—Papá, bueno... Papá, bueno.

IV

En medio de su felicidad, Amalia, como nuestros lectores pueden imaginarse, no estaba tranquila. El recuerdo de Juanito no la dejaba á ratos saborear aquella especie de segunda luna de miel. El descenso por el balcón, teniendo en cuenta la hora, el poco tránsito de la calle y la inclemencia de la noche, podía verosímilmente no haber tenido testigos; pero aun para un gimnasta, el salto, dada la altura, no dejaba de ser peligroso. Por otra parte, aunque Juanito no hubiese representado un papel de los más lucidos en la aventura, y su manifiesta cobardía pusiera un frenillo á su lengua, pareciese, y con razón, peligroso tener la dicha y la paz de su hogar pendiente de la discreción de un hombre. Esta idea acibaraba su bienestar, aceptándola como el castigo que Dios imponía á su frivolidad y ligereza.

Muy pocos días después de los sucesos que acabamos de referir, Luciano, al volver una tarde de sus ocupaciones, dijo á Amalia:

—¿Sabes lo que le ha pasado al pobre Juanito Vélez?

—¿Qué le ha pasado? contestó Amalia llevándose el pañuelo á las narices para ocultar el súbito rubor que encendió sus mejillas.

—Que hace pocas noches se le encontró muy cerca de aquí, desmayado y con una pierna rota. Parece que resbaló en la nieve y cayó en muy mala postura. El dolor debió ser tan fuerte que perdió el sentido. Cuando me lo dijeron esta tarde, fuí corriendo á su casa y de ella vengo; pero ¡admírate! el hombre ya no está en Madrid.

—¡Cómo!

—Como lo oyes. Al parecer la fractura no era peligrosa, y el doctor Galíndez aseguraba que en poco más de quince días quedaría curada, pero Juanito se empeñó ayer en que le llevasen á la estación y no hubo más reme-

dio que darle gusto. Allí se le metió en el vagón, lo mejor que se pudo, con su pierna entabillada y salió para Córdoba, donde tiene su casa, jurando y perjurando que no se le volverá á ver en Madrid.

—Amén, dijo mentalmente Amalia recobrando su serenidad.

En esto Carlitos entró, como de costumbre, á colgarse de los brazos de su padre; pero éste observó que tenía el rostro lloroso.

—¿Qué te pasa, hijo mío, dijo besándole, que traes la carita tan anublada?

—¿No sabes? contestó el niño entre suspiros. Que el lagarto... se me ha... escapado.

—¡Ah, pícaro! ¿Por dónde?

—Por el balcón.

—Se portó... como un lagarto.

—Yo tuve la culpa... por haberle dado cuerda.

—Es claro. A veces los lagartos, cuando se les da cuerda, corren demasiado.

—Oye, papá, dijo el niño pasando con la volubilidad propia de la infancia de un asunto á otro. ¿Por qué no encargaste á los Reyes que trajesen algún regalo para mamá? Tú me lo ofreciste.

—Ya me lo han traído, hijo mío, dijo Amalia acercándose y juntando su rostro con el del niño. Me han traído la felicidad.

Luciano estrechó con ternura la mano que al decir esto le tendió Amalia.

C. SUÁREZ BRAVO.

NUESTROS GRABADOS

Retratos de SS. AA. RR. la princesa Victoria May de Teck, y Jorge, duque de York

Hemos reseñado en anteriores números las pomposas fiestas con que Londres en particular, y con ella todo el Imperio Británico, han celebrado el matrimonio de los augustos Príncipes, cuyos retratos damos en este número. Los súbditos de la reina Victoria han dado en esta ocasión una nueva y elocuente prueba del amor que profesan á toda la Familia Real. Los obsequios hechos á los recién casados continuaron después del matrimonio, puesto que donde quiera que han aparecido les han acompañado las aclamaciones y las voces de entusiasmo de todos los habitantes, casi puede decirse sin exclusión alguna. Los regalos que han recibido los duques de York exceden á toda ponderación, siendo artísticos y de valor imponderable. Testimonio son también, no sólo de las simpatías que cuentan entre sus súbditos, sino igualmente de las que tienen en todo el mundo, ya que muchos de los más valiosos regalos proceden de soberanos y de príncipes de distintas naciones. El príncipe Jorge Federico Ernesto Alberto, duque de York, conde de Inverness y barón Killarney, nació en Marlborough House el día 3 de Junio de 1865. Cuenta, pues, veintiocho años, y la princesa Victoria May de Teck es próximamente de su misma edad.

La lista de la Lotería

CUADRO DE JOAQUÍN TEJADA

El joven autor de este lienzo, Joaquín Tejada, es americano, sintió afición por el arte, lanzóse al estudio de la pintura y con pocos, contados años ha llegado ya al alto punto que demuestra la obra suya reproduciéndose fielmente en este número. Tejada ha empezado su carrera de artista de un modo brillante, y lo que es más, con empuje, el cual se ve en todo el cuadro. Otros hubieran limitado á pintar un cuadro de camarín ó gabinete con el mismo asunto; él cogió una tela de grandes dimensiones y la llenó con figuras que si no llegan al natural le van muy cerca. Diestro en sorprender los rasgos de la realidad, supo copiar con gran fortuna, no tanto los de la escenografía solamente, que están hábilmente pintados, sino los de cuantas figuras aparecen en el cuadro de que hablamos. Y el natural está sorprendido en movimiento y de ahí la expresión y la vida de cada uno de los personajes. No ha acudido Tejada á la copia del modelo vivo en quietud más que como elemento de estudio. Las actitudes y los gestos de las personas de variadas condiciones sociales

Díme qué sombrero llevas y te diré quién eres



Un pintamonas



Un tronera



Un desesperado



Un hortera



Un borracho



Un hombre de buena pasta



Un pisaverde



Un doctor

que examinan con codicioso afán la lista del sorteo de la Lotería ha debido tomarlas de la vida real, cogiéndolas al vuelo, como se dice vulgarmente. Encanta la verdad que se advierte en este grupo, en el que todas las figuras atraen las miradas del espectador. Encanta igualmente la verdad del aguador que atraviesa empujando el carreton, contemplando casi con indiferencia la escena. Ésta viene á ser una acerada sátira del vicio del juego, representado en la Lotería, vicio en el que desaparecen los horrores y se pierde la paz de las familias por una ganancia ilusoria, por un premio que, como es natural, poquísimo alcanzan. La sed de dinero, por un lado, el desencanto, por otro, de no haber alcanzado ni siquiera un premio pequeño, se descubren en el interesante cuadro de Joaquín Tejada. Puso el pintor la escena en Barcelona y de esta ciudad sacó los temas de calle que constituyen el fondo del lienzo; mas siendo artista no le plugo copiar exclusivamente un punto determinado, sino que con dos ó tres compuso un conjunto que le sirvió para imprimir todavía mayor relieve al grupo principal de su trabajo pictórico. Por él ha sido merecidamente felicitado, ya que es prueba de sus excepcionales dotes y prenda para lo futuro de nuevas obras de mayor aiento todavía.



Habiendo terminado las últimas pruebas el acorazado *Capitán-Prat*, construido en las *Forges et Chantiers de la Mediterranée*, para la república de Chile, ha salido de Tolón con destino á Valparaíso.

Dicho buque es un pequeño acorazado de 6,900 toneladas; pero que, á pesar de ello, está perfectamente armado y completamente protegido; además, su velocidad es igual á la de los acorazados más veloces en construcción y en proyecto. Para su protección, está provisto de una cubierta acorazada de acero Schneider de 30 centímetros

de espesor, de un puente acorazado de 10 centímetros y en el centro de un reducto blindado de 41 metros de longitud también recubierto de acero de 10 centímetros de espesor.

Lo que más llama en él la atención es el modo como se halla dispuesta la artillería y los sistemas completamente nuevos que se aplican para las maniobras. Cada pieza de 24 centímetros, cada cañón de 12 centímetros, dispara sin afectar en lo más mínimo al resto de la batería, sea cual fuere la posición en que ésta se halle, pues su conjunto ha sido de tal suerte combinado, que la columna de aire producida por una pieza no perjudica en nada á las demás baterías. Esto es un punto esencial, pues hoy día, con las velocidades iniciales de 800 metros y más, la fuerza expansiva del gas que la pólvora contiene es tan considerable que barre todo cuanto encuentra á su paso.

La artillería del *Capitán-Prat* y los aparatos para cargar los cañones se hacen funcionar, ya á mano, ya por medio de la electricidad, con sistema adoptado por primera vez por los hábiles ingenieros de las *Forges et Chantiers de la Mediterranée* y que ha sido aceptado por todas las marinas. Además, el acorazado chileno tiene una instalación eléctrica que es sin duda la más completa que existe en los buques de guerra. Iluminado, como todas las embarcaciones modernas de alguna importancia, por medio de la electricidad, se halla provisto de los dinamos necesarios para poder realizar las diversas maniobras de sus cañones, los movimientos de puntería y el disparo.

* * *

En cierta ocasión aconsejaron á un menesteroso que para alcanzar alguna ayuda se dirigiera á una persona

acomodada de la ciudad. Siguió el consejo con cierta repugnancia, y una vez en casa del rico, se le apareció un hombre de figura áspera, con la boca abierta y de aspecto desagradable. Al verle salió de la casa sin decir palabra. —¿Por qué haces esto? le dijeron. —Le dispenso de la limosna en gracia á su figura.

* * *

Un gobernador de provincia se arruinó haciendo limosnas. Le nombraron sucesor y se volvió á su país. Por el camino encontró á un pobre letrado que acababa de morir, y cuyo cadáver estaba abandonado. Al verlo se quita los abrigos para poder cubrirle, vende su caballo para sufragar los gastos del entierro y se contenta comprando un buey para continuar su camino. Al cabo de dos días encuentra un padre de familia en la más negra miseria y á punto de morir de hambre con su mujer y sus hijos. Entonces vende el buey y entrega su precio al infeliz padre. Como le dieran á entender que era demasiado compasivo, contestó: —Os engañáis y mi corazón no me engaña. Es muy conveniente que este hombre viva para que pueda mantener á su familia y formar por este modo ciudadanos para el Estado, y en cambio es indiferente que yo regrese á pie ó montado en un buey.

* * *

Al salir un joven por vez primera de la casa paterna, vió en la plaza pública un lechoncillo.

—He aquí, dijo, un ratón de tamaño bien extraordinario.

El joven á quien sólo hayáis dado libros, no estará menos expuesto á errores.

* * *

Decía un caballero que las necesidades eran como los duelos, que nunca viene uno solo; y así, en oyendo alguna necesidad, decía:

—Bien vengas si vienes sola.

* * *

Un caballero preguntó á un escudero:

—¿Vuestro hermano, es vivo?

Y respondió:

—No señor, sino lerdo.

* * *

Fué un alguacil en Guadalajara á prender á un zapatero en su casa, y su mujer le defendió de tal manera dándole muchos palos al alguacil, que el zapatero tuvo tiempo de retraerse á una iglesia. El alguacil se fué á quejar al duque, diciendo:

—Señor, una mujer de un zapatero, defendiendo á su marido, que no le prendiese, me dió de palos, y esta afrenta á vuestra señoría se hizo.

A lo cual el duque respondió:

—Pues á mí es la afrenta, yo se la perdonó.

* * *

Decía el Gran Capitán, que los capitanes ó soldados cuando no había guerra, eran como chimeneas en el verano.

* * *

Predicando un fraile portugués, decía: —Os moros son prójimos, os judeos son prójimos y os castejaos ainda son próximos.

* * *

A un estudiante, que era pupilo de un colegio, echáronle en una escudilla grande mucho caldo y sólo un garbanzo. Desabrochóse y rogó á su compañero que le ayudase á desnudar. Preguntado para qué, respondió:

—Quiero echarme á nadar para sacar aquel garbanzo.

* * *

En la época de los calores la conservación de la carne y del pescado es muy difícil y no deja de inquietar á las amas de casa, pues particularmente en el campo se ven obligadas á hacer provisiones por algún tiempo; á menudo se trata de conservar los pedidos que se han hecho en el pueblo ó villa más inmediatos para una comida cuyas provisiones no se sabe cómo mantener frescas. En cuanto al pescado puede conservarse por espacio de algunos días empleando en lugar de sal el azúcar; esto no le da ningún sabor especial, y usando este procedimiento, una vez guiado, es tan excelente como cuando acaba de salir del agua.

Para ello se limpia, frotándole en su parte exterior é interior con azúcar quebrado, en el cual se habrá puesto una pequeña cantidad de sal común. Repítase esta operación cada día, volviendo el pescado, y tómese la precaución de secarle convenientemente á fin de evitar que no le quede señal alguna de humedad. Este procedimiento es sencillísimo y es de gran utilidad para las familias.

* * *

El filósofo Attalus decía que prefería una amistad ya hecha á una amistad por hacer. Así un artista experimenta mayor placer cuando pinta un cuadro que cuando contempla el cuadro ya terminado. Su inquieta inspiración absorbida por su trabajo causa un vivo placer, pero éste es muy distinto cuando la obra está ya terminada; entonces se goza contemplando los frutos del arte, mientras que durante el trabajo es el arte mismo la causa del placer que se experimenta.—SÉNECA.

* * *

Así como el fuego aquilata el oro, en la adversidad se pone á prueba la amistad; mientras nos sonríe la fortuna nuestro destino se halla al abrigo de todo contratiempo, pero cuando la tormenta nos abate, nadie conoce al que hace un instante se veía envuelto entre una turba de aduladores. Estas verdades que había observado en la historia del pasado, la experiencia me ha hecho conocer su triste realidad; de tantos amigos como tenía apenas dos ó tres se conservaron fieles; los demás eran los amigos de la fortuna y no los míos. Pero cuanto más limitado es su número tanto más valor tendré para que me auxilien en mi desgracia. Ofrecedme en mi naufragio un puerto de salvación.—OVID' O.

* * *

Cuando el valor carece de adversarios, desfallece; tan sólo los grandes riesgos le hacen aparecer con todo su brillo de grandeza y energía... Dios tiene para con el justo el corazón de un padre, una afección varonil y vigorosa. «Que se acostumbre, dice, con el dolor y las privaciones; así es como alcanzará la verdadera fuerza...» La fortuna continuada no resiste el más débil ataque, pero cuando se ha luchado sin tregua contra el dolor, la costumbre nos

vuelve insensibles á los sufrimientos. Tan sólo de este modo viene el hombre á ser indomable, y hasta vencido, lucha y combate.—SÉNECA.

* *

Las mujeres no valen más ni menos que los hombres. Cuando las amamos, estamos dispuestos á perdonárselo todo, hasta sus defectos; cuando no las amamos no les perdonamos nada, ni aun les reconocemos sus virtudes, y ellas obran de la misma manera con respecto á nosotros. Por lo demás, cualquiera que tenga la pretensión de conocerlas á fondo es un estúpido, pues ellas no se conocen á sí mismas.—***

* *

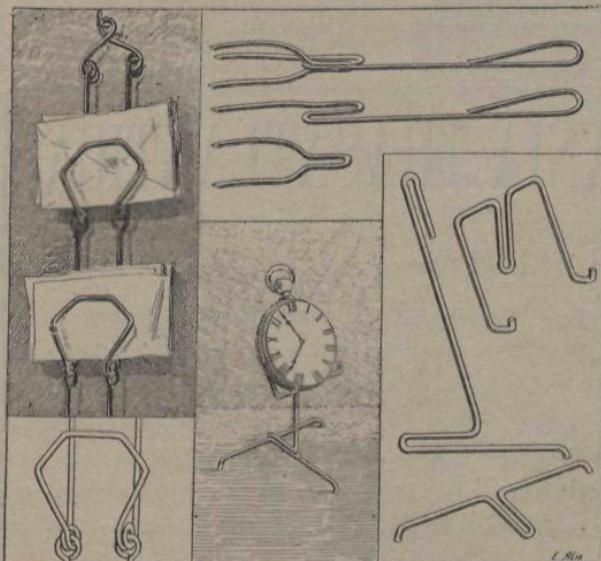
La Fortuna, caprichosa como es por ser mujer, se complace en embollarlo todo, á poner en lucha el interior con el exterior del hombre, sus actos y su valor intrínseco; autores de igual mérito, unos son por ella conducidos al Capitolio y otros precipitados desde la roca Tarpeya.—COPPINO.



ÚTILES BARATOS Ó LA CULEBRILLA DE ORO

Lo son ciertos pequeños aparatos que se pueden fabricar con facilidad, valiéndose, como de primera materia, de lo que constituye la moneda de oro en ciertas regiones del África central: el alambre de latón.

Siendo éste fuerte, dócil y de bonito aspecto, sirve mucho si se le da, por medio de unos alicates, la forma requerida para los diferentes usos á que se presta. Con ese alambre se pueden obtener prensas muy fuertes y



ligeras para sujetar clichés y exponerlos al sol encima del papel sensibilizado: se construyen porta-papeles, soportes para relojes, candeleros, pinzas y una infinidad de pequeños objetos de cuya disposición da una idea aproximada el dibujo que publicamos.

El soporte de reloj es muy ingenioso y se compone

sólo de tres piezas: un pie, un talle y un atril sujetos por la misma flexibilidad del alambre que hace el efecto de un verdadero muelle: también pueden combinarse cedillas, brazaletes, espirales, juegos de paciencia y hasta tenedores de caza.

Para lograr esos resultados es preciso que el alambre sea cocido ó dulce y su diámetro no pase de 2 milímetros.

Si se quiere cambiar el color del cobre, basta para ello darle una mano del barniz para metales; el rojo da el tono cobrizo, y para obtener el tono verde basta barnizar con azul, que por transparencia se combina con el amarillo; pero sólo debe barnizarse cuando el objeto está montado y tienen adherencia y solidez todas sus partes.

En resumen: algunos metros de alambre de latón, unos alicates buenos, y pocas horas de trabajo bastarán para surtir al lector ingenioso de una infinidad de objetos útiles, ligeros, baratos y originales.

JULIÁN.

Solución al salto de caballo anterior:

A cierto clérigo que era
madrugador é impaciente,
lo esperaba mucha gente
para la misa primera.

Tarde el clérigo llegó
y al querer con grande prisa
salir á decir la misa,
su alba en un clavo enganchó.

No salió del trance salvo
mas él, con chistoso alarde
dijo:— « No he llegado tarde,
pues llegó al romper el alba. »

(De CALDERÓN DE LA BARCA).

CHARADA

Mi carne me hacen pagar
por ser negra mi fortuna,
si el pinche que me *dos una*
la garra quiere clavar:
¡ni en un charco, ni en el mar
hallo refugio seguro!
Por esto crece mi apuro,
y aunque nade con ardor
no escaparé al tenedor
de un gastrónomo panduro.

L. C., de Barcelona.

ROMPE CABEZAS

ERILOSA
GRANADA

Componer con estas letras, debidamente combinadas, el nombre de tres flores de jardín.

J. MONTANÉ GRIVER, de Granollers.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondentes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ellos.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de *España* y *América*.

EL BUEN DOCTOR EL CELEBRE DOCTOR EL GRAN DOCTOR

Así le nombran al **DOCTOR AGUILAR** todas las Madres que han tenido el buen acierto de medicar á sus hijos con

LA PANACEA ROSADA DEL DR. AGUILAR

Medicamento que es, sin ninguna duda, el **REMÉDIO INFANTIL** más **Poderoso**, **Seguro** é **Infalible** que se conoce. Para facilitar la dentición corrigiendo los desarrollos de viente durante dicho período. Para **Matar las lombrices** (causa de graves trastornos del organismo) y hacer expeler la **BABA** que quemó los intestinos. Para purgar con suavidad y curar las **Indigestiones** e **Irritaciones**. Para evitar y curar los **Ataques convulsivos**, **Accidentes nerviosos**, **Congestiones** y **Derrames á la cabeza** y al mismo tiempo **Purificar** y **Depurar** el cuerpo de la bilis y humores grases, infectos y corrumpidos que impiden su **buen funcionamiento**. Para **Prevenir** y **Combatir** con felicidad las erupciones. **Rosa** — **Escarlatina** — **Sarampión**, etc., y las enfermedades **Gástricas**, **Tifídicas** y **Putridas**, porque es tal su virtud desinfectante que, tomándola á tiempo, destruye de un modo rápido y seguro los gérmenes de las enfermedades, y por fin, en cualquier caso grave, **aunque se haya perdido toda esperanza de curación**, y tanto es así, que sólo algunas tomas de nuestra **PANACEA ROSADA** han bastado muchísimas, pero muchísimas veces, para hacer desaparecer, como por encanto, síntomas de graves enfermedades, devolviendo la salud

al enfermito y la tranquilidad y alegría á los tribulados padres.

Las Madres que la conocen aseguran todas que es la **MEDICINA PRODIGIOSA** para los niños, y que ninguna debe estar sin ella, no sólo para curarles, sino que, cuando están buenos, les hacen tomar cada ocho días 1 ó 2 tomas según la edad, y á tal precaución deben que se conserve la salud de sus tiernos hijos.

Nosotros honradamente prometemos y certificamos que, por más que parezca mucho lo que ofrecemos, es aún más lo que nuestro preparado cumple; pues todos cuantos han medicado á sus hijos con **LA PANACEA ROSADA** del **DOCTOR AGUILAR** reconocen y afirman con nosotros que no hay medicina que sea tan **Inocente**, **Inofensiva** y **Benigna**, tan **Suave**, **Agradable** y fácil de tomar ni de más **Prontos** y **Felices** resultados para **Prevenir**, **Corregir** y **Curar** las enfermedades de la niñez. Léase detenidamente el Folleto que acompaña á cada caja.

Precio de la caja con Folleto explicativo: 2 pesetas

Barcelona.—De venta al detal, farmacia del Dr. Bostella, sucesor de Aguilar, Rambla del Centro, 37, y en las principales de España.—Al por mayor: Dr. Andreu, de Barcelona.



El aperitivo de más confianza son seguramente las **PILDORAS CÁTARTICAS** DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave é igualmente tan eficaz. La favorita son las

Pildoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Pildora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia

Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de **extremo dolor**, **dolor de cabeza**, **dispepsia**, **ictericia**, **mal de hígado** ó de **bilis**, tomes las Pildoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y C. A., Lowell, Mass., U. S. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicios de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminara á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.